UN REMATADO

ALBERTO, muchacho de diez años, jugaba en el cuarto de estudio de su padre, el cual estaba leyendo *La superstición socialista*, de Garófalo, cuando la muchacha entró á decir:—Ahí está Fulano de Tal. ¿Qué le digo?

—¡Caramba!—exclamó el dueño de la casa, poniéndose de pie.—¡Después de cinco meses de cárcel! que éntre al momento.

A aquellas palabras, «cinco meses de cárcel», el muchacho dejó caer su juguete, y se retiró á un rincón, mirando á la puerta con ojos inquietos, porque la idea de cárcel no la podia separar de la idea de delito.

Y permaneció inmóvil por el asombro, viendo á su padre correr hacia la puerta y abrazar afectuosamente al visitante, el cual era hombre de unos treinta y cinco años, de pálido rostro, vestido pobremen-

te, pero limpio, y de modales sencillos y francos.

El visitante y el visitado se fueron al hueco de una ventana, y emprendieron una conversación viva, compuesta, por una parte, de una lluvia de preguntas, y por otra de respuestas, sin un momento de reposo. Cuando, entre otras cosas, el muchacho oyó que el amigo de su padre había sido conducido á través de un pueblo entre la Guardia Civil, con esposas en las manos, como un famoso asesino que él había visto salir un día de la Audiencia, su estupor se cambió en tan claro desaliento, que el amigo, mirándole, lo advirtió; pero antes que él, ya lo había advertido su propio padre.

Éste, pasado un instante, fué á coger un paquete de periódicos del cajón de la mesa, y llevándoselos al amigo, le dijo:

—Todo cuanto le tengo que decir está impreso en estos periódicos, que he recogido para guardárselos á Ud. Déles una ojeada y verá que siempre ha sido recordado durante su ausencia. Ahí he expresado mis impresiones.

El *malhechor* cogió los periódicos, se sentó de espaldas á la ventana y empezó á leer. Su huésped le dejó solo, y se volvió

al lado del chico, esperando una pregunta que le leía en los ojos.

El niño, con efecto, le interrogó en voz baja:

—¿Qué es lo que ha hecho... ese... señor?

—Ha hecho—respondió el padre sonriendo,—pues...ha hecho cinco meses de cárcel.

El muchacho permaneció un momento silencioso. Después preguntó tímidamente:

—¿Quién es?

—Eso es otra cosa—contestó el padre sentándose y atrayendo á sí á su hijo.—Esa pregunta me es más fácil contestarla, pero temo que tú no me comprendas. Escucha bien. Tú debes saber que hay en todos los países en general, un número de gentes, entre ellas muchos hombres de gran ciencia y de gran ingenio, y también muchos ricos, los cuales creen que muchísimas de las infinitas miserias é injusticias que afligen al mundo tienen remedio. Y piensan que el remedio es el siguiente: que la sociedad presente, en la cual la vida de cada uno es una lucha contra todos, se puede transformar en una gran asociación en que todos trabajen, no ya en beneficio y dependiendo de la fortuna de los menos, sino directamente en beneficio de la sociedad misma, la

cual podrá retribuir á todos equitativamente y por igual; sueñan con una gran asociación, en la cual no haya, como hay ahora, mas que una multitud de hombres que trabajan hasta matarse, y otra gran muchedumbre que no encuentra trabajo y que se muere de hambre, y otros miles de miles, en fin, que no trabajan y viven en la holgura. ¿Me has comprendido? Ahora bien: todos aquellos que desean y esperan que llegue el día en el cual todos los hombres trabajen de acuerdo por el bien propio y por el bien común, sin quitarse el pan de la boca los unos á los otros, sin odiarse y temerse alternativamente, y participando todos de las ventajas de la vida civil, como hijos de una sola familia donde todos son amados y protegidos de la misma manera; esos que de tal manera piensan, se llaman *socialistas*.

—¿Y qué hacen?

—Pues hacen esto: se dedican con todas sus fuerzas á demostrar á los demás que un tal nuevo estado de la sociedad como el que te digo, no sólo es posible, sino que se realizará poco á poco necesariamente, por la fuerza de las cosas; pero para conseguirlo más pronto y sin violencia, se necesita que todos lo deseen y lo preparen, infundiendo en todos un concepto claro del socialismo y un sentimiento profundo de la concordia fraternal indispensable para que se cumpla; educándose para la ejecución de sus deberes y para el ejercicio de sus derechos; y que el único modo de llegar á la meta es que confíen la representación de sus voluntades á los mismos que están interesados en conseguirlo, ó sea que pertenezcan también ellos á la inmensa familia sobre la cual pesa la pobreza y la injusticia. ¿Me he explicado? Ahora bien: ese señor que ves aquí es un socialista. Es un obrero que trabaja para vivir; pero que todo el tiempo que le queda libre, lo ocupa entre las gentes á quienes es preciso enseñar estas razones, é infundir en los demás la propia fe, sin incitar odios contra nadie; y aún más, procurando borrar los odios donde los encuentra, exhortando á los voluntariosos para que se templen, y á los incultos para que estudien, y á los díscolos para que se moderen, y á todos los pobres y descontentos para que tengan confianza en un porvenir mejor, al cual se llegará pacífica y legalmente, por la sola fuerza de la verdad y la justicia, cuando la verdad sea comprendida

por todos, y la justicia sea de todos querida. Y piensa tú también que él no se afana ni se cansa en esto por otra cosa que por conseguir su bien, del cual está cierto que no llegará á cumplirse en tiempo de que él pueda gozar del mismo. Él vive como un pobre, porque lo es; pero da á los demás aquello poquísimo que á él le parece superfluo y á nosotros nos parecería necesario. Si fuese rico, daría por sus ideas todo su peculio. Si le pidieran la vida, también la daría, porque no vive más que para su idea. Él tiene un pasado sin mancha, y es bueno y sencillo como un niño. Pienso en cuantos hombres he conocido en mi vida; pues bien: ése es uno de los más honrados, más desinteresados, más respetables que he conocido. Yo le quiero bien y le admiro.

El muchacho permaneció un poco perplejo, y mirando alternativamente, ya á su padre, ya al recién salido de la cárcel, preguntó al primero:

—Entonces... ¿por qué le han preso?

—Porque él piensa y dice todo lo que te he dicho.

—Pero, entonces, podrán prenderte también á tí, porque dices las mismas cosas.

—Sin duda.

—Y ¿por qué le han encarcelado á él solamente?

—Porque dice esas cosas más fuerte y más abiertamente, que es como se deben decir; porque es más desinteresado y más sincero; porque desea más ardientemente el bien, y porque es más valiente y más generoso que yo.

El muchacho no objetó palabra y estuvo mirando con ojos asombrados á su huésped, que continuaba leyendo.

—Mira—le dijo su padre al oído;—cuando ha entrado él, ha notado que tú has tenido miedo, como si fuese un ladrón. Tú le debes una reparación; ve y pregúntale cómo está.

El muchacho se movió lentamente y fué á colocarse ante las rodillas del «rematado», sin osar decir palabra, pero como presentando su frente á una caricia. Aquél separó el periódico, y mirando al padre y al niño, comprendió y sonrió, pero su fuerte corazón, que en medio de las persecuciones y bajo la afrenta de las esposas, y ante los muros de la prisión no había jamás experimentado un momento de debilidad, fué sacudido por el acto de aquel niño, acto que representaba á sus ojos el movimiento de

una nueva generación, arrojada por un impulso generoso del alma hacia la causa sagrada del socialismo. Le miró un momento con ojos brillantes, después cogió entre sus dos manos aquella cabeza rubia, y estampó sobre aquella frente sin nubes, un beso... que le fué devuelto con efusión.

Acercándose el muchacho á su padre, le señaló con un ademán de extrañeza que su frente estaba húmeda.

—Déjala sin secar—dijo el padre:—esa es agua de Bautismo.

SOCIALISMO Y PATRIA

Es verdad que el socialismo combate el amor á la patria?

—Á la *patriotería,* sí; mas si por amor á la patria se entiende amar al pueblo en que hemos nacido, con el cual tenemos de común la lengua, la historia, el porvenir; amar á la tierra donde hemos pasado la niñez, donde nacieron nuestros hijos y están sepultados nuestros muertos, acusar al socialismo de combatir tales ideas es cosa estólida y absurda, como sería acusarlo de combatir el amor filial ó el amor materno; lo cual no es posible para quien tenga entrañas humanas. ¿Puede Ud. creer que si eso fuera verdad se hubiese convertido al socialismo tanto hombre generoso, tantos ciudadanos que por la patria han sufrido y combatido, y que sienten profundamente todos los afectos humanos? ¿Puede Ud. pensar que un